

Voluntariado y sanación P. Silvio Marinelli

Mateo 9, 1-8: *“Subiendo a la barca, pasó a la otra orilla y vino a su ciudad. En esto le trajeron un paralítico postrado en una camilla. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: “¡Ánimo!, hijo, tus pecados te son perdonados”. Pero he aquí que algunos escribas dijeron para sí: “Éste está blasfemando”. Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: “¿Por qué piensan mal en sus corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados, dice entonces al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. Él se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto, la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres.*

La ambientación

Este episodio tiene lugar en Cafarnaún, la ciudad donde fue a vivir Jesús al empezar su ministerio público. Situada en las orillas del Lago de Galilea, o de Tiberíades o de Cafarnaúm, es una aldea ideal como base de apoyo y campamento-base para los viajes misioneros de Jesús, porque estaba bien comunicada.

Jesús está en una casa, enseñando. La gente se va agolpando adentro y afuera de la vivienda: nadie puede acercarse, porque la gente presente forma cómo una barrera.

“Le trajeron un paralítico” narra Mateo, de manera escueta. En el lugar paralelo de Marcos, más abundante en detalles, se nos narra que los amigos son cuatro; no pudiendo acercarse al Maestro, abren un boquete en el techo y desde ahí bajan la camilla con el enfermo directamente frente a Jesús (Mc 2, 1-12).

Los voluntarios

Podríamos preguntarnos: ¿Quiénes son estos cuatro voluntarios? ¿Parientes o amigos? ¿Gente del lugar? Independientemente de su procedencia, lo importante es que ahí están, al momento justo, con mucha iniciativa y creatividad. No pueden acceder frente al Señor por la muchedumbre agolpada, pero esto no los desanima: abren un boquete en el techo.

“Viendo Jesús la fe de ellos”, comienza por decir algo que resulta sorprendente ante un enfermo que viene buscando curación: “¡Ánimo, hijo!, tus pecados te son perdonados”. Llama la atención que el Evangelista no hable de la fe del enfermo, ni relate alguna frase pronunciada por él. Nos parece un personaje extremadamente pasivo, incapaz de cultivar esperanza y de manifestar sus deseos. En efecto, sus amigos o parientes lo hacen todo, “interpretan” su necesidad, dan voz a su anhelo más profundo, despiertan un deseo de rescate que el mismo enfermo no sabe o puede expresar.

Dimensión social del voluntariado

La narración evangélica nos permite hacer una reflexión, abrir un paréntesis sobre el papel del voluntariado. A menudo la persona con problemas, por enfermedad, falta de conocimientos, edad, situación culturalmente poco estimulante, ni siquiera conoce sus derechos, puede hacerlos valer, tiene las informaciones suficientes para acudir a los recursos, o ha perdido mucha autonomía o capacidad para entender y decidir. La falta de recursos económicos, emocionales, sociales y

espirituales deja a la persona en un estado de imposibilidad o de aturdimiento del cual le resulta imposible levantarse.

Los voluntarios deben, en un cierto sentido, sustituir a la persona, tomar las riendas, decidir en su lugar, proceder a iniciativas que, normalmente, son prerrogativa de la persona misma.

La sociedad contemporánea subraya –y con razón- el valor de la libertad y de la autonomía personal, pero ¿qué hacer cuando éstas están comprometidas y no pueden desarrollarse? Es necesaria una intervención externa: sus familiares, parientes, amigos, voluntariado, sociedad civil, organismos públicos.

La sociedad ha formulado un principio para expresar este fenómeno: el principio de subsidiariedad. Cuando la persona o la familia no pueden hacer frente a las dificultades, otros organismos de nivel superior deben intervenir para llenar los huecos y ofrecer los recursos necesarios.

El final de la historia

El ex-paralítico se levantó, tomó su camilla y se fue a su casa. Sanado por Jesús, ahora la persona puede tomar su decisión y actuar. Jesús no sólo le devolvió la salud, sino que le dio dignidad, libertad de actuar, autonomía. Constatamos que inmediatamente –quizá hubiera podido por lo menos dar las gracias, pero el Evangelio no anota este detalle- se fue a su casa. La “casa” no es sólo un lugar físico, es ante todo un ámbito de convivencia, de relaciones y de comunicación: regresó a su casa para iniciar una nueva existencia, caracterizada por la iniciativa, la vivencia de nuevas relaciones, una mayor posibilidad de autonomía. Ahora puede y debe trabajar, hablar, ponerse en discusión y dejar a un lado un estilo taciturno o pasivo.

No todos están de acuerdo

La reacción, inexpressada por cierto, de los escribas presentes es de escándalo: “Éste blasfema”, porque, siendo un simple hombre, se arroga prerrogativas de Dios, quien, sólo, puede perdonar los pecados. Se trata de una aseveración correcta teológicamente. Lo que no toman en cuenta es que Jesús, con esta expresión está reivindicando sus prerrogativas divinas o, tal vez, esta reivindicación por parte de Jesús, suscita más hostilidad y desprecio. Además, la frase de Jesús podía sonar jactanciosa: nadie puede constatar el perdón dado por parte de Jesús.

Conociendo Jesús lo que pensaban, no da marcha atrás, sino que hace el milagro de la sanación física precisamente para manifestar que Él es el Hijo del Hombre, anunciado en la famosa profecía de Daniel capítulo Séptimo. Los pecados del enfermo están verdaderamente perdonados, porque su sanación lo corrobora. Mediante el dato visible de la sanación, los escribas ven derribada su objeción al hecho invisible del perdón de los pecados por Jesús. La sanación física es un signo incontestable de la curación espiritual.

Una sanación integral y la admiración de la gente

La gente, frente a este doble milagro -sanación física y perdón de los pecados-, “*temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres*”. La novedad absoluta es que tal poder está confiado a los hombres; nadie dudaba que Dios pudiera y realmente perdonara.

Los protagonistas

En esta narración encontramos cinco protagonistas: el mismo Jesús, un paralítico, sus amigos que van cargando con él, la gente y algunos escribas. Analicemos su conducta.

Jesús enseña con autoridad y su poder se manifiesta en plenitud: rescata a la persona íntegramente, alma y cuerpo. Toma en cuenta también las necesidades no expresadas; en realidad **el enfermo** no pronuncia una sola palabra y la iniciativa está completamente en las manos de sus amigos.

Jesús alaba la fe de estos “**voluntarios**”. Podríamos apreciar un mensaje muy importante: siempre el enfermo hace parte de un grupo social. Su enfermedad y su salud, así como su situación espiritual, repercuten en su grupo y el mismo debe hacerse cargo de sus necesidades.

La gente que está escuchando con interés a Jesús en un primer momento parece estorbar el encuentro con el enfermo; sin embargo vemos cómo, después, se convierte en un coro de agradecimiento y alabanza.

Diametralmente opuesta es la actitud de **los escribas**. Sí, escuchan a Jesús, pero no para aprender y cambiar, sino sólo para juzgar y condenar. Asisten al prodigio, sin embargo no para dar las gracias, sino sólo para hallar motivos de condena.

La solidaridad

La enseñanza para nosotros es muy rica: la necesidad de la solidaridad y de la ayuda recíproca; la importancia de una consideración integral del ser humano con sus necesidades corpóreas y espirituales; la valoración del perdón de los pecados como medio para encontrar un equilibrio y un estado saludable no sólo a nivel físico.

La reconciliación

Los estudios contemporáneos, en particular respecto a los enfermos terminales, subrayan la importancia de una reconciliación del enfermo con sus semejantes y con Dios, con su historia y acontecimientos de pecado, fracaso y equivocación. La vivencia de enfermedad se vive de una manera más serena, cuando el enfermo ha logrado esta reconciliación consigo mismo, con los demás y con Dios.